

CAPITULO XIV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA:

DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III. EN LEON.

De 912 á 950.

Toma Abderrahman el título de *Califa* y de *Emir Almumenim*.—Dedícase á pacificar la España musulmana.—Vence á Caleb ben Hafsún.—Persigue y somete á los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de Leon.—Eleccion de Ordoño II.—Recobra Abderrahman á Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario ben Hafsún.—Triunfo de Ordoño II. sobre los árabes en San Esteban de Gormaz.—Derrota de los reyes de Leon y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II. hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta á cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Laiu Calvo y Nuño Rasura.—Alfonso IV de Leon.—Gloriosos triunfos de Abderrahman.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II. de Leon.—Encierra en un calabozo á su hermano Alfonso y á sus tres primos y hace sacarles los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye á Madrid.—El conde Fernan Gonzalez.—Célebres batallas de Simancas y Zamora: triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderrahman.—Prision y libertad de Fernan Gonzalez.—Muerte de Ramiro II. y elevacion de Ordoño III.

Llegamos á uno de los reinados mas brillantes de la dominacion árabe en España; pero tambien comienza á complicarse la historia de esta nacion, abriéndose nuevos teatros á los sucesos.

Reinaba García en Leon, gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes ó señores, ó si se quiere con el título honorarios de reyes; á Borrell I. habia sucedido Sunyer en el condado de Barcelona ⁽¹⁾; y en Navarra seguia reinando Sancho García ó Garcés, cuando subió al trono de los Beni-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed *el Asesinado*, el jóven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la córte de Córdoba, el mas hermoso de los musulimes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahman, de quien anunciamos habia de ser la gloria y el orgullo de los Omniadas, de quien dijo Ahmed Almakari, «que Dios le habia dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo mas lejos que ninguno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamacion de aquel jóven de 22 años, á quien

(1) Y no Miron, como suponen casi todas nuestras historias, incluso las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bofarull se fijó la verdadera cronología de los condes. Es extraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado á luz tres años despues el diligente Carlos Romey el tomo III. de su Historia de España, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo á Miron sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell I., Sunyer ó Suniario y Borrell II. Acaso no conoceria aun los *Condes de Barcelona vindicados*.

conocian ya por su discrecion y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veian en él al predilecto de su abuelo; los muzlitas no recelaban de un príncipe cuyo padre habia sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, despues de las persecuciones sufridas, miraban con aficion al primer soberano musulman por cuyas venas corria sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba María, hija de padres cristianos (1).»

Fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa á imitacion de los de Bagdad, abusivamente dado por nuestros historiadores á los que le habian precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron tambien otros como el de Iman, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenin* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupcion *Miramamolín*. Fué el primero tambien que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habian diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicacion del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderrahman se leia de un lado esta frase sacramental: *No hay mas Dios que Dios, único y sin*

(1) Conde, cap. 68.—Segun un Mss. del Escorial á que se refiere Morales, Abderrahman III. era nieto de Abdallah y de Iñiga, hija de García Iñiguez el de Navarra, la cual fué cautivada en la batalla

de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó tambien conotra, llamada María, de quien nació Abderrahman.

compañero: circundada de una orla que contenia estas palabras: *En el nombre de Dios, este dirhem (ó dinar) ha sido acuñado en Andalucía en tal año*. De otro lado: *Imam Alnasir Ledin Allah Abd-el-Rahman Emir Almumenin*; y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religion, y hacerla prevalecer sobre todas las demas, á despecho de los adoradores de muchos dioses*. La naturaleza de los caracteres arábigos y el carecer sus monedas de busto permitian tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban tambien el nombre del hagib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerogativas de estos primeros funcionarios.

Dedicóse antes de todo Abderrahman á pacificar la España musulmica, y dirigiendo sus miras hácia los hijos del rebelde Hafsún que seguian apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodía, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general á todos los buenos musulimes, los cuales acudieron en tanto número á la voz del nuevo califa, que para que las familias no quedáran sin apoyo y los campos sin cultivo, fué menester limitar las huestes, quedando reducidas á cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veinte y ocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderrahman hácia Toledo. Sometiéronsele pronto las fortalezas de la comarca, y

no atreviéndose Caleb ben Hafsún á sostener la campaña salió en busca de refuerzos á la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo á su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tío el valeroso Almudhaffar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura apropósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Previa algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafles ⁽¹⁾. Algun tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderrahman desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsún se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el jóven Abderrahman, y se estremeció de ver tanta sangre musulmánica derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curára á todos con esmero (913).

La continuacion de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaffar, y el califa se volvió á Córdoba acompañado de los principales jeques

(1) *Al nafil*: una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.

de las tribus andaluzas y de los gefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la córte del imperio. Habia entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias intestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió á las sierras de Jaen y Elvira, donde se abrigaban rebeldes que no cesaban de inquietar el reino. Cuál seria la política, la prudencia, la dulzura, y la confianza que inspiraba el jóven califa, demuéstranlo los resultados. Los mas poderosos y altivos guerrilleros de aquellos montes no solo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarle á acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomor, señor de Alhama, y el famoso Obeidalah, señor de Cazlona y gefe de los sediciosos de Huéscar y de Segura. El generoso Abderrahman no solo los recibió con benevolencia, sino que nombró al primero alcaide de Alhama, y al segundo walí de Jaen. Valióle esta conducta la sumision de mas de doscientos alcaides de poblaciones fuertes, que tremolaron en sus almenas el pendon real con gran contento del pais. Despues de lo cual regresó Abderrahman á Córdoba, y fué recibido del pueblo con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entretanto de los reyes de Leon? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderrahman, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que

el primer rey de Leon, García, hizo el primer año de su reinado (910), una expedición contra los moros de Hafsún, en que habiendo talado y quemado á Talavera, volvió con gran botín y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse ⁽¹⁾. Que dotó, según costumbre, varias iglesias y monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas, y que murió en Zamora después de un reinado de poco más de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo á la antigua costumbre de los godos, fué electo rey de Leon su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en más de una ocasión habia aterrado á los musulmanes con sus arrojadas escursiones hasta el Guadiana. Así volvieron á reunirse bajo un cetro Leon y Galicia, momentáneamente separadas ⁽²⁾.

Ocupábase Abderrahman, después de los triunfos de Jaen y Elvira, en embellecer y agrandar los palacios, mezquitas, fuentes, y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tío Almudhaffar noticiándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsún, á quienes de tal manera habia acosado que ni se atrevian ya á entrar en las poblaciones, ni se tenían por seguros sino en las fra-

(1) Sampir. Chron. n. 17. p. 295.—Sandoval, Cinco Obispos.
(2) Sampir. ibid.—Silens. Chron. —Morales, lib. 15.—Florez, t. 14.

gosidades más ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de exterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmír, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tío, escribió sobre la marcha á los gobernadores de Valencia y Murcia, para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería á la provincia que conservaba el nombre de Tadmír: recibióle con entusiasmo en Murcia, Lorca y Oribuela, visitó las ciudades de la costa, Elche, Denia y Játiva, detúvose unos días en Valencia, y de allí por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Alcañiz, donde se presentaron á hacerle sumisión multitud de gefes que habian sido del partido de Ben Hafsún.

Dirigióse seguidamente á Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderrahman y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarles de ello, porque el califa recibió á todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsún que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen en un plazo dado, á

excepcion del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigía una sumision especial y con garantías que le asegurasen, y al dia siguiente entró en Zaragoza, dando un dia de júbilo á sus moradores. Gran prestigio ganó Abderrahman con la recuperacion de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacía desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusion de sangre, prueban lo que puede un príncipe á quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campiña mostró agradarle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsún proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la crónica árabe, los recibió sin aparato ni ostentacion en su campo á orillas del Ebro. El mas anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsún eran de vivir en paz con él; que sentia como el que mas la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocia la tranquila posesion de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaria á defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaria inmediatamente las ciudades de Toledo y Huesca, y los fuertes que tenia en su poder. Oyó Abderrahman el extraño mensaje y respondió: «por un exceso de paciencia he sufrido que

un rebelde se atreva á proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradeced á vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid á vuestro gefe, que si en el término de un mes no viene á rendirme homenaje, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condicion ni en ningun tiempo.» Volviéronse, pues, los dos mensajeros, poco satisfechos del éxito de su mision, y Abderrahman, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez á su tio Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo á Córdoba ⁽⁴⁾.

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevacion en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movia ahora á estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habian sometido al califa? Un imprudente recaudador de la renta del azaque habia vuelto á encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exaccion, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes á arrancarles á la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron á nombrar por su caudillo al

(4) Conde, cap. 71.

alcaide de Alhama Azomor, el mas prudente y humano de todos, y de quien habian sido tratados con dulzura. Azomor aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir á las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, mas que por su deseo, faltó al califa, y tornó á convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderrahman, acudió apresuradamente á sujetar á tan indócil gente, y su diligencia fué tal que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupacion digna de un gefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse á Jaen y desde allí á Córdoba.

Parecia destino de Abderrahman encontrarse, cada vez que entraba en la corte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tio Almudhaffar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsún, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderrahman dió gracias á Dios por la desaparicion de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Giafar, herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que así se trasmitian y perpe-

tuaban de generacion en generacion entre los sarracenos los odios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huéspedes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su mismo imperio, el rey de Leon Ordoño II. que ya antes de serlo habia dado pruebas de su belicoso ardor á los musulmanes, mostraba al tercer Abderrahman que habia empuñado el cetro de Leon un monarca por cuyas venas corria la sangre de Alfonso el Magno. Despues de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto á los mericanos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante á fuerza de dádivas (918), corrióse á la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campos de los Godos. Otra acometida que hizo á Talavera, algo reparada ya por los moros de la destruccion de su hermano García, hizo que Abderrahman pensara en atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Esteban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta allí los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad ningentem ad parietem*, y segun el Monje de Silos, desde San Esteban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se su-